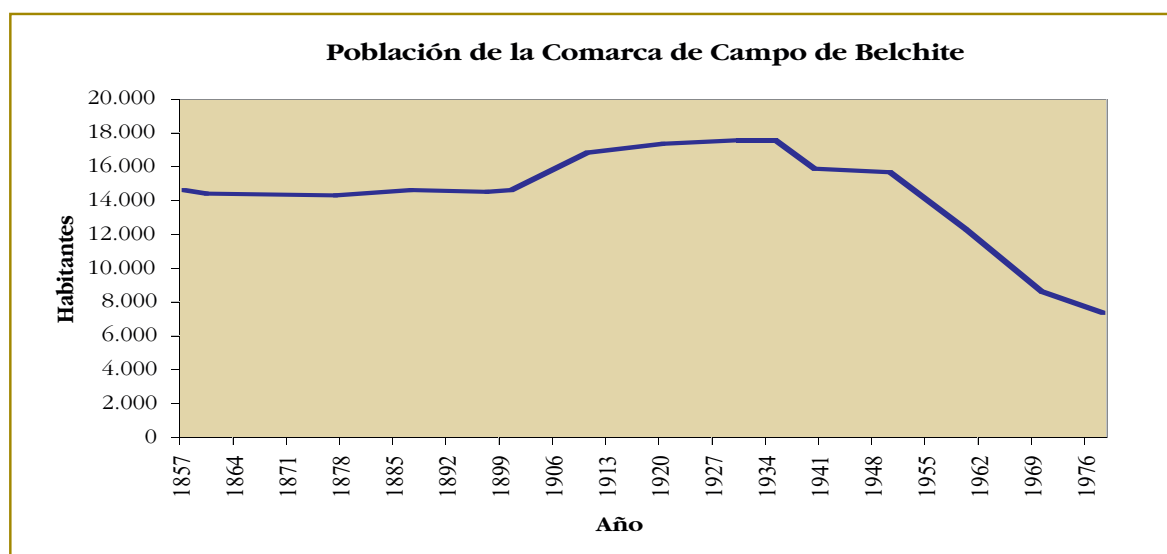


La Comarca de Campo de Belchite en la Época Contemporánea

ÁNGEL ALCALDE FERNÁNDEZ

A comienzos del siglo XIX se inició un periodo histórico para el territorio de la actual comarca de Belchite que, igual que para todo el país, estuvo marcado por una serie de episodios clave: varias guerras, casi todas civiles; revoluciones y contrarrevoluciones; así como más o menos complejas turbulencias políticas, y avances tecnológicos que dejaron honda huella en nuestra historia. El proceso de grandes alteraciones sociales, que aquí cerraremos a finales del siglo XX, no fue una época fácil, ni de continuo progreso para la zona. La contemporaneidad en las tierras belchitanas responde, más bien, a un esquema de lento crecimiento, cúspide y decaimiento, que gráficamente puede ejemplificarse a través de los datos demográficos aportados por el Instituto Nacional de Estadística, cubriendo un periodo desde 1857 hasta 1978 (véase gráfico siguiente).

A un suave aumento poblacional, con altibajos, durante el siglo XIX, sucedió un potente crecimiento en torno al cambio de siglo, que llegó a su cumbre en la primera mitad de la década de 1930, para luego caer en picado a causa de la guerra



civil, continuando un moderado descenso durante la posguerra. La emigración al extranjero y a las ciudades marcaría desde los años 50 la fuerte pauta decreciente del número de habitantes de la comarca. Pero a lo largo de los siglos XIX y XX se produjeron muchas más transformaciones cualitativas en esta comarca, determinadas por el contexto histórico general del país y del occidente europeo, que conformaron el escenario en que los habitantes de la comarca actuaron y se movieron.

El siglo XIX. La Comarca de Campo de Belchite entre el liberalismo y la contrarrevolución

La Revolución Francesa de 1789, así como la invasión napoleónica de la península ibérica en 1808, dieron el pistoletazo de salida de la nueva época. Las novedosas ideas ilustradas y liberales tuvieron, en principio, poco arraigo en los parajes belchitanos, dedicados desde siglos atrás a la agricultura y a la ganadería. No obstante, la condición estratégica de la villa de Belchite, plaza importante por su posición geográfica más que por sus recursos económicos, determinó que se viera envuelta en los enfrentamientos bélicos anejos a los sitios de Zaragoza. El 18 de junio de 1809, el ejército del francés Suchet y el de los soldados españoles comandados por Blake se encontraron y enfrentaron en las inmediaciones de la localidad, con victoria para los invasores, que ocuparían Belchite hasta el final de la guerra llamada de Independencia. Los desastres del conflicto fueron recogidos, precisamente, por los pinceles de un gran pintor originario de uno de los pueblos de la comarca, Francisco de Goya, nacido en Fuendetodos.

Terminada la guerra, la zona estaría por décadas inmersa en los vaivenes políticos y sociales que producía el empuje del nuevo liberalismo frente a la resistencia del Antiguo Régimen. Los pueblos de la comarca no destacaban por su economía avanzada; los cultivos de trigo, cebada y avena eran los predominantes, y a continuación se daban los olivares, y las huertas allá donde el paso de un río de cada vez menos caudal, el Aguasvivas (llamado también río Almonacid), lo permitía. Aparte de la caza, existía la cría de ganado lanar, y ésta en Belchite permitía el desarrollo de una industria del estambre, que fabricaba prendas de reconocida calidad, principalmente fajas. Pero no había prácticamente más industria en los pueblos, descontando los indispensables molinos y algunos batanes y telares, así como oficios artesanos, como las herrerías, que cubrían las necesidades locales. Solamente añadiríamos una peculiar industria en Almonacid de la Cuba, que consistía en la talla de horcas de madera de almez, las cuales se vendían por todo Aragón. Al margen de ello, el comercio se reducía a algunas tiendas de comestibles, abacerías, en algunos lugares.

Siendo la zona predominantemente rural, y sujeta a las crisis propias del periodo, el descontento económico de los campesinos empujó a algunos de ellos a apoyar a los movimientos realistas y carlistas, que desde 1820, y sobre todo desde 1833, combatieron con armas el desarrollo del liberalismo. Ya en 1822 consta la presencia de partidas realistas (grupos de hombres armados) en Belchite; pero será



Litografía de un canje de prisioneros basado en el tratado Lécer-Segura

entre 1833 y 1840, durante la guerra civil entre los contrarrevolucionarios carlistas, partidarios del pretendiente Carlos María Isidro, y los liberales que tomaron como suya la causa de la futura reina Isabel II, cuando se produzcan los hechos más virulentos. Como ha analizado el historiador Pedro Rújula, siendo las tierras de Belchite parte de aquella franja de aprovisionamiento de los núcleos carlistas del brigadier Cabañero, estuvieron sujetas a las incursiones armadas de las tropas. Exigían impuestos y llegaban a tomar rehenes como garantía del pago, cosa que ocurrió en Codo; otras veces algunos huidos de las facciones se dedicaban al pillaje y al robo, de lo cual se quejaron amargamente las autoridades de Almonacid de la Cuba, por ejemplo, en 1837. El 4 de marzo de 1838, las tropas carlistas llegaron a ocupar Belchite, pero al día siguiente serían derrotados en Zaragoza con los conocidos sucesos de la “cincomarzada”. Tales derrotas hicieron inclinarse a los habitantes de la comarca hacia la causa liberal o constitucionalista, formándose unidades de la Milicia Nacional, la organización de ciudadanos armados del Estado liberal, incluso en lugares muy desafectos a éste como era Lécer.

Y así la revolución liberal pudo avanzar en los siguientes años, lo que implicó algunos cambios en el sistema de propiedad de la tierra, a través de las desamortizaciones. Los más perjudicados fueron la nobleza y el clero de la zona, pues la desamortización consistía en la subasta de sus tierras y bienes para su inclusión en el mercado. Pero el proceso fue lento y difícil. En Letux, pueblo rebelde proclive al liberalismo, la pugna por desasirse del control señorial del Marqués de Lazán, tal y como nos ha transmitido el cronista local Miguel Plou

El Tratado de Lécera, principio de dignidad para los prisioneros, y la Cincomarzada

JAIME CINCA YAGO

La Comarca de Campo de Belchite ha sido durante siglos testigo de excepción en muchas de las guerras que marcan a sangre y fuego nuestra historia y el siglo XIX es uno de sus mayores exponentes. Primero la Guerra de la Independencia y poco después las convulsiones políticas y disputas por la sucesión al trono generaron tres guerras civiles, popularmente conocidas como guerras carlistas: la primera (1833-1840); la segunda (1846-1849); y la tercera (1872-1876).

Durante las mismas estas tierras estuvieron mayoritariamente bajo dominio liberal o *realista*, por lo que las incursiones de partidas del bando carlista, exigiendo el pago de impuestos a los habitantes de la comarca, fueron habituales.

Es en el Campo de Belchite, especialmente en el transcurso del primer periodo bélico, donde se inician o tienen lugar algunos hechos, tan trascendentes para el desarrollo de la Historia, como el sucedido el 4 de marzo de 1838. Ese día el general carlista –natural de Híjar– Juan Cabañero y Esponera, al frente de más de tres mil hombres entró en Belchite, partiendo de allí inmediatamente para tomar Zaragoza, al parecer más con objeto de saquearla que de tomarla. Y si bien, gracias a la resistencia ofrecida por los zaragozanos durante la madrugada del día 5 de marzo, aquel ataque no pasó de mera escaramuza, en la victoria liberal se encuentra el origen de la hoy conocida y popular fiesta de la *Cincomarzada*.

Un año más tarde, también en nuestra comarca se dará otro hecho, menos divulgado pero a nuestro juicio de mayor importancia: la firma del *Tratado de Lécera*, denominado entre los carlistas *Convenio de Segura*. La duplicidad nominal se debe a que fue rubricado por el general liberal Van Halen y el carlista Cabrera, desde sus respectivos Cuarteles Generales, situados en Lécera el primero y en Segura de Baños (Teruel) el segundo.

La importancia del documento estriba en sus objetivos ante la probada existencia de abusos, extrema crueldad y vejaciones a las que, por parte de ambos bandos, se veían expuestos los prisioneros antes de ser, como lo eran mayoritariamente, fusilados. Esta situación ignominiosa y de ilimitada arbitrariedad es lo que lleva a los mandatarios de un lado y otro, en plena campaña bélica, a la redacción y posterior firma del mencionado tratado, estableciendo a lo largo de sus once artículos, las normas imprescindibles de humanidad hacia los cautivos que ambas partes se hicieran.

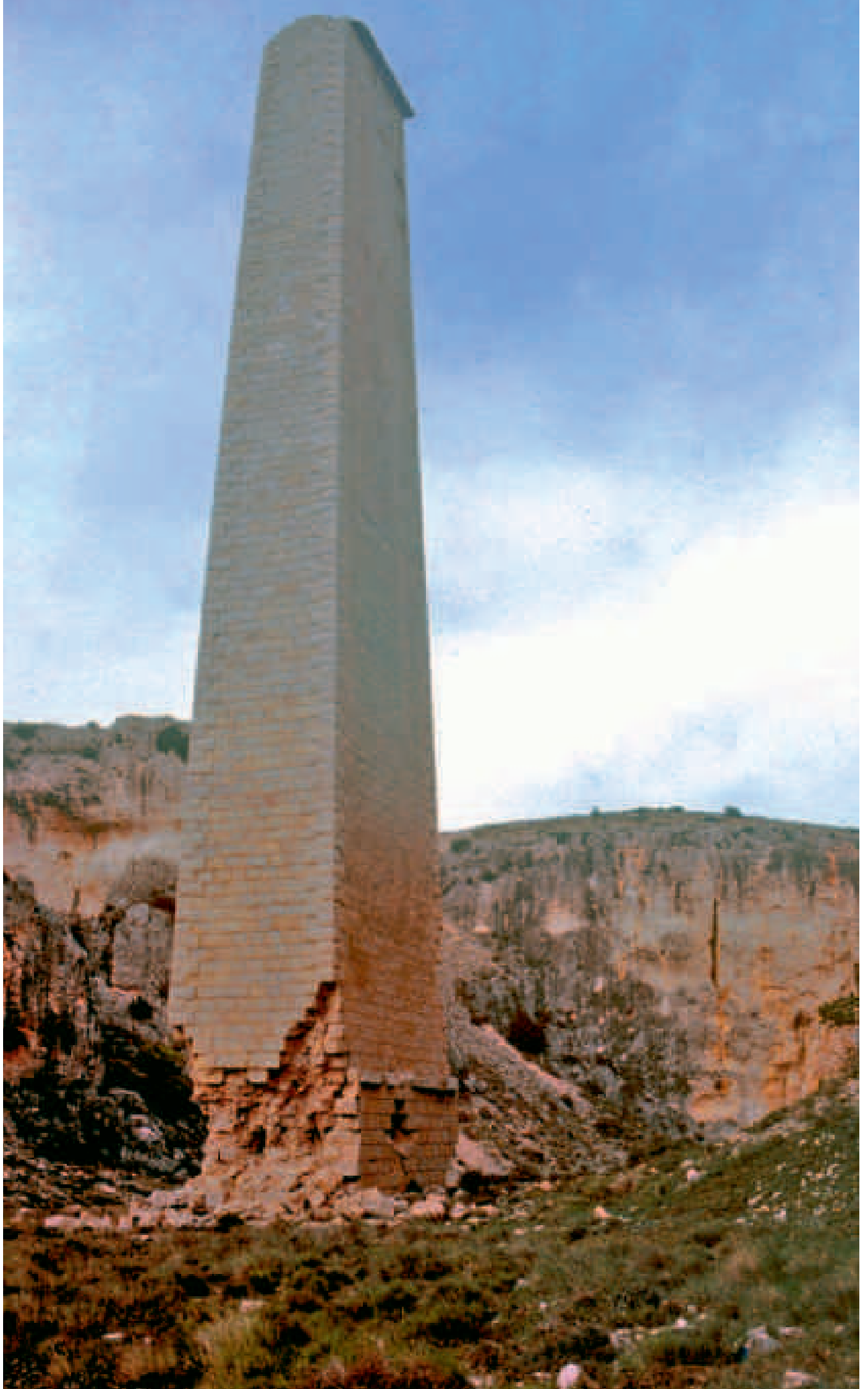
Tal fue su transcendencia que, junto al de Eliot, bien se podría considerar al Tratado de Lécera como un antecedente de la hoy conocida como *Declaración Universal de los Derechos Humanos*.

Gascón, fue constante y duradera. Su clímax llegó en 1868 cuando, al calor de los hechos revolucionarios de septiembre contra la reina Isabel II, que darían paso a un sexenio de gobiernos democráticos, los letujanos amotinados atacaron la casa del administrador del marqués, quemando sus registros de propiedad. Aquellos días, en Belchite fue incendiado el convento de San Agustín. No era raro que la Iglesia sufriese asaltos por parte del pueblo, pues tradicionalmente habían ostentado mucho poder en la zona, si bien ya en 1835 el monasterio de Rueda, desamortizado, había perdido sus posesiones en lugares como Lagata, Codo o Samper del Salz. Como consecuencia de la pérdida de recursos, el clero tendió a arrimarse y ponerse al servicio de los más poderosos y ricos de los pueblos. No obstante, el proceso tampoco desembocó en un equitativo reparto de las propiedades, sino que estas se acumularon en unas pocas manos, que las dejaban en arriendo a campesinos pobres. Así, mientras familias descendientes de infanzones o beneficiadas en las subastas de tierra se enriquecían, aldeanos depauperizados tenían que vivir en cuevas, como ocurría en Moyuela.

Todos estos problemas fueron una causa más de nuevos conflictos, como una nueva guerra civil entre carlistas y liberales, que se dejó sentir de nuevo con las partidas armadas circulando entre Belchite y Caspe, hacia 1872. El gobierno de la Restauración, desde 1874, consiguió sofocar, al fin, este enfrentamiento, y emprendió una decisiva construcción del Estado liberal, a través de nuevas leyes e impuestos. Los avances tecnológicos, como el del telégrafo, que arribó a la villa de Belchite en 1885, no parece que pudieran mitigar otros desastres para los habitantes de la zona, pues en el verano de ese mismo año, la epidemia de cólera, que afectó enormemente a la provincia de Zaragoza, segó 908 vidas (según el boletín de información estadística sanitario-demográfica) en los pueblos de la comarca de Belchite. Unos años después, en 1892, varios vecinos de Azuara protagonizaron un motín frente a la autoridad del alcalde, en contra de los impuestos de consumos que gravaban duramente a las clases populares; hechos similares se reprodujeron en Codo y, en años venideros, en Lagata. Como vemos, en la época, los cambios no satisfacían a muchos de los habitantes de la comarca, que se enfrentaban a la autoridad; el analfabetismo era un mal muy extendido, y los beneficios del progreso llegaban muy despacio a sus pueblos. Sin embargo, la réplica más común de los gobiernos era extender la presencia de la Guardia Civil, que había sido creada en 1844. En Moneva, en 1895, otro motín de vecinos exigía la liberación de algunos detenidos por la llamada *Benemérita*.

La modernización de la comarca desde el cambio de siglo hasta la II República

En torno a 1900 la vida en los pueblos de la comarca de Belchite fue asentándose, salvo los tumultos mencionados, a base del trabajo diario de la tierra, cuya propiedad, aun mal repartida, parecía estabilizada. La vida religiosa marcaba la pauta cotidiana y las gentes, sobre todo las mujeres, se empezaban a reunir en asociaciones piadosas, promovidas por los curas, para revitalizar las creencias





El embalse de Moneva, desde el aire

católicas, en cierta manera amenazadas por la modernidad. Se ha constatado el importante número de cofradías existente en aquellos años en Moyuela, así como la formación en ese pueblo de un sindicato agrícola de significación conservadora y católica que prestaba servicios a sus asociados.

Los hechos más significativos del periodo, que encarrilaron la región hacia el crecimiento económico y la modernización, fueron posiblemente tres: la llegada de la luz eléctrica, la creación del ferrocarril de Utrillas, y el comienzo de las obras del pantano de Moneva.

El alumbrado eléctrico en los pueblos, posibilitado por la creación en Albalate del Arzobispo de la sociedad “Rivera, Bernad y Compañía” en 1904, causó júbilo entre los vecinos, primeramente de Belchite y Letux en 1906, que percibieron la iluminación de sus calles como cosa de magia, y después en Lagata y Samper del Salz (1909) y otros pueblos. Si la luz por las noches se había limitado hasta entonces a las farolas de los ayuntamientos o de los guardias nocturnos, la posibilidad de extenderla a cada casa y cada esquina dio mayor sensación de seguridad a los habitantes, y facilitó la realización de trabajos que se realizaban de madrugada, como el amasado del pan.

Tuvo mayor impacto económico la llegada del tren a la comarca, mediante la línea que unía las minas de Utrillas con Zaragoza, el mismo año de 1904. Se instaló una estación en Belchite, otra en Lécera y otra en Azuara, que beneficiaron a toda la zona. Las comunicaciones con la capital se agilizaron, incrementándose los intercambios comerciales, dándose salida a los excedentes agrícolas. En adición, unos años después se decidió emprender la gran construcción del pantano de Moneva, magnífica noticia para los habitantes de los pueblos del cauce del río Aguasvivas, que en Belchite los niños de las escuelas nacionales celebraron dando

Página anterior:

Ferrocarril de Utrillas. Pila monumental del viaducto del barranco de la Hoz, en término de la Puebla de Albortón

una vuelta al pueblo con su maestro. Algo más lejos, en Almochuel, se aprovechó en 1914 una vieja presa para crear otro útil embalse.

Fruto de todas estas mejoras fue, seguramente, el incremento poblacional del que ya hemos hablado, así como la animación de la vida económica e incluso política en todos los pueblos. El sindicalismo agrario de corte católico proliferó sobre todo a partir de 1917, apareciendo en Moyuela, Letux, Azuara, Belchite o Lécera, por iniciativa de las parroquias, o de la mano de la Confederación Nacional Católico Agraria y de la Asociación de Labradores de Zaragoza, que articulaban a los propietarios de tierras en defensa de sus intereses. Se trataba, en parte, de una respuesta a la extensión de las ideas socialistas, las cuales propugnaban una más equitativa redistribución de la propiedad de la tierra y los medios de producción, y luchaban por la inclusión de la clase obrera en la política. Conteniendo los pueblos de la comarca de Belchite a un gran número de pequeños propietarios de tierra, que cerraban filas junto a los mayores terratenientes, y careciendo la zona de una población obrera numerosa, pues no existían prácticamente industrias, el socialismo tardó en arraigar, como veremos.

No obstante, la ideología que sí empezó a cobrar fuerza a partir de 1918 en la comarca, relacionada con el socialismo, fue el republicanismo, que a pesar de tener partidarios en Belchite en décadas anteriores, no había conseguido aún ningún éxito electoral. La influencia cada vez mayor de los republicanos belchitanos, como Mariano Castillo o Cándido Ortín, que habían creado en la villa una Sociedad Obrera, hizo que surgieran otros centros republicanos en Samper del Salz (1919), Letux (1920), Azuara (1920) y Lagata. Sus propulsores eran vecinos de aquellos lugares, que gozaban de una cierta holgura económica, con propiedades o establecimientos comerciales en sus pueblos, y que abogaban por una mayor libertad y modernización económica y social, de la que disfrutaran todas las clases sociales.

Estos grupos cada vez más numerosos eran, a su vez, una consecuencia del grado de prosperidad alcanzado en el primer cuarto del siglo XX. De hecho, los años veinte significaron vistosos avances tecnológicos y en infraestructuras, así como un crecimiento de los sectores económicos secundario y terciario en la comarca, siempre en relación, no lo olvidemos, con su claro carácter agrícola. Las obras públicas fueron características de la década: se emprendieron las de la carretera entre Belchite y

Azuara, incluyendo la construcción del puente sobre el río Aguasvivas a su paso por Letux; llegaron a su finalización las del pantano de Moneva, comenzando los riegos con sus aguas hacia 1925; y en Belchite se realizaron reformas como la reparación del matadero público, la construcción de un apeadero para el santuario de Ntra. Sra. del Pueyo, la mejora de las canalizaciones en las fuentes públicas, la implantación de un



Sello de la carretería de Francisco Yago. Lécera (comienzos del s. XX)

servicio de limpieza, etc. Algunas altas chimeneas fabriles surcaban el cielo de esta villa, prosperando fábricas de aguardientes, cuatro aceiteras y dos fábricas de jabón vinculadas a ellas. En Letux funcionaba otra pequeña fábrica de aceite, y los molinos y fábricas de harina se encontraban en varios lugares (Codo, Lécera, Letux, Samper del Salz, Moyuela). Ante los mayores y frecuentes movimientos de capital, el Banco Zaragozano abrió una sucursal permanente en Belchite.

Todo ello repercutió también en que la comarca se enriqueciera culturalmente. Un escritor nacido en Codo en 1888, Benjamín Jarnés Millán, llegó a publicar en la prestigiosa *Revista de Occidente*; y un deportista de la misma procedencia, Dionisio Carreras “El Campana”, se convirtió en un galardonado atleta en los años 20 y 30. Cabría añadir a otros artistas, sobre todo jotereros, que obtuvieron fama y prestigio para los pueblos de las tierras belchitanas. Incluso hay noticias de que el cine llegó esos años a localidades como Moyuela, de mano de ambulantes como Los Cilis.

Sin embargo, durante casi toda la década, el país se mantuvo bajo la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930), que restringió las libertades políticas. En nuestros pueblos, el delegado gubernativo designó arbitrariamente a los alcaldes, eligiendo, por lo general, a los representantes de las clases acomodadas. El Ejército se llevaba a algunos quintos a servir, bajo duras condiciones, en la guerra de Marruecos, de donde no



Grupo de soldados azuarinos en la Guerra de África

siempre se volvía; y la Iglesia, por su cuenta, fue una de las grandes beneficiadas de la etapa, pues mantuvo un dominio completo sobre la educación y la vida cotidiana. No parece que incidiera mayormente el régimen en la comarca, a salvo de la implantación del Somatén, una guardia cívica armada, a la que se apuntaron un número importante de propietarios de tierras, teniendo con objeto disuadir y, llegado el caso, enfrentarse a aquellos que presionaban para acceder a la propiedad.

Así, llegamos al año de 1931, en el que fue proclamada la II República, y la monarquía dejó paso a una democracia caracterizada por la participación de las masas en la política. En contraste con la alegría de aquellos republicanos de la comarca que veían cumplidos sus sueños de manera incruenta, otros vivieron el momento con indiferencia, y algunos con recelo, especialmente los eclesiásticos y clases propietarias que vieron abrirse la veda al libre cuestionamiento de su posición social dominante. De hecho, la aplicación de la Constitución de 1931, que había instaurado un Estado laico, y la legislación reformista del primer bienio, enervaron pronto los ánimos de miembros de la Iglesia y derechistas. Hechos como la ley del divorcio, a la que se acogieron en 1932 unas cuantas mujeres de la comarca; la retirada de los crucifijos de las escuelas, alguna de



Azuara. Puente de hormigón sobre el río Cámaras (popularmente “río Aguas”). Actual carretera A-2306 (hacia 1930)

ellas de nueva construcción, en donde los maestros impartirían una educación no religiosa; y la restricción de la presencia de la Iglesia en los espacios públicos, limitándose el uso de campanas y obligando a los párrocos a pedir permiso a los alcaldes para sacar procesiones por las calles; fueron interpretados por la jerarquía eclesiástica en términos de persecución religiosa. Así, algunos curas, atrayendo de su parte a muchos de sus fieles, acabaron por articular una oposición política a los ayuntamientos republicanos, produciéndose tensiones considerables. Ello ocurría, por ejemplo, en Belchite, donde además se dirimió una disputa por la posesión legal del santuario del Pueyo, que tanto la Iglesia como el Ayuntamiento de Belchite reclamaban para sí; y en Lagata y Letux las tensiones derivaron en tiroteos que causaron un total de 3 muertos, entre ellos la del alcalde letujano y diputado provincial José Artigas Andreu en agosto de 1932.

Los hechos violentos, sin ser numerosos, eran fruto de disensiones que cobraron carácter político, pero los fatídicos resultados se debieron al uso habitual de armas de fuego por los habitantes del medio rural, no sólo de escopetas de caza, sino de algunos rifles y pistolas, muy fáciles de obtener en la época. Individuos antes pertenecientes al Somatén de la dictadura, disuelto por la República, las habían conservado y no dudaban en sacarlas a la hora de resolver discordias cotidianas entre vecinos. Estas discusiones algunas veces giraban en torno al problema del uso de la tierra. No en vano, otra de las grandes cuestiones sociales del momento fue la de la reforma agraria, la cual pretendía repartir las extensísimas posesiones de la oligarquía entre jornaleros hambrientos de tierras. Una organización vinculada a la UGT, la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, destacaba en esa reivindicación, teniendo un núcleo muy bien organizado de más de 400 afiliados

en Belchite, respaldado por Mariano Castillo, el cual además de alcalde de la villa era representante de los obreros en la Junta Provincial de Zaragoza para la Reforma Agraria. Otros centros menores de la UGT existían en Moneva, Moyuela y Plenas, mientras que la anarquista CNT estaba ausente, si bien podía contar con algunos simpatizantes.

Con todo, la conflictividad social en torno a la cuestión agraria y la propiedad en la comarca de Belchite durante la II República fue pequeña, sobre todo en comparación con otras regiones españolas o aragonesas. Tampoco hay que olvidar que en esta zona, una buena cantidad de labradores propietarios y jornaleros conservadores ligados a éstos tendió a votar mayoritariamente al partido derechista de la CEDA en las elecciones generales de 1933 y 1936, mostrándose partidaria de los valores del orden social tradicional, el catolicismo y la propiedad.

Y a pesar de que los años entre 1931 y 1936 se caracterizaron por aquella agitada vida política, por los acelerados cambios sociales, y por una movilización de las masas sin precedentes, también puede afirmarse que la comarca de Belchite vivió entonces su mayor esplendor. La población alcanzó sus cotas más altas en 1935; en los pueblos se dieron importantes pasos para reducir un analfabetismo que aún en 1930 acusaba índices superiores al 50%; y el comercio, síntoma de una sana modernización económica, floreció en casi cada localidad. Solamente la convivencia pudo romperse a causa del golpe de Estado del verano de 1936, que dio paso a la guerra civil.

La guerra civil y la dictadura de Franco en la Comarca de Campo de Belchite

La sublevación del 18-19 de julio de 1936, preparada por algunos miembros del ejército junto a grupos fascistas como Falange Española, vino a destruir el sistema democrático de la II República, ante la amenaza que éste representaba para los intereses de las clases dominantes.

En la comarca, los falangistas de Belchite y la guardia civil fueron los grupos que asestaron el golpe. El método fue ir a cada pueblo, deponiendo a los ayuntamientos del Frente Popular y llevándose detenidos a los izquierdistas más significados, que más tarde serían “paseados” o asesinados a las afueras. La violencia del golpe de estado se llevó así la vida de un gran número de personas en nuestros pueblos; un mínimo de 170 según los cálculos de los historiadores, la mayoría de ellas en el verano de 1936. Mariano Castillo, el alcalde republicano de Belchite, fue uno de los primeros asesinados: su cadáver fue hallado en las Borderas, y su hermano y su esposa también corrieron esa suerte. Además de los políticos, maestros como el de Samper del Salz, campesinos, jornaleros y trabajadores fueron las víctimas de la represión. La vorágine fue tal, que incluso uno de los alcaldes impuestos por los sublevados en julio, el de La Puebla de Albortón, Victorián Lafoz y Benedí, al oponerse a que se fusilara a los “rojos” de su pueblo, fue acusado de masón por los falangistas, y luego asesinado.

La Guerra Civil en la comarca



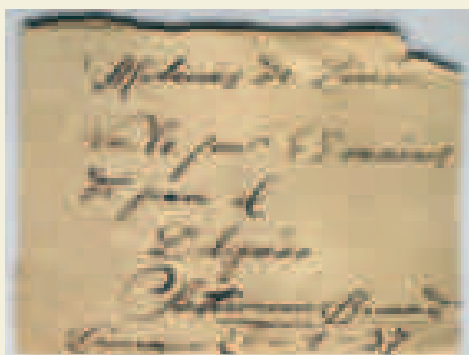
El jefe de milicias anarquistas Saturnino Carod Lerín, natural de Moneva (Campo de Belchite), que plantó su cuartel general en Azuara durante la Guerra Civil



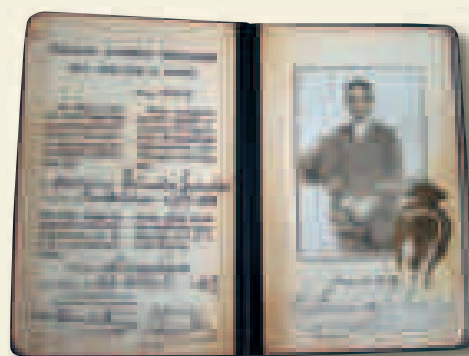
Refugio militar en el cerco de Belchite



Misa de campaña en Belchite



Vale para canjear por comida en el Comité de Lécera, 20-1-1937



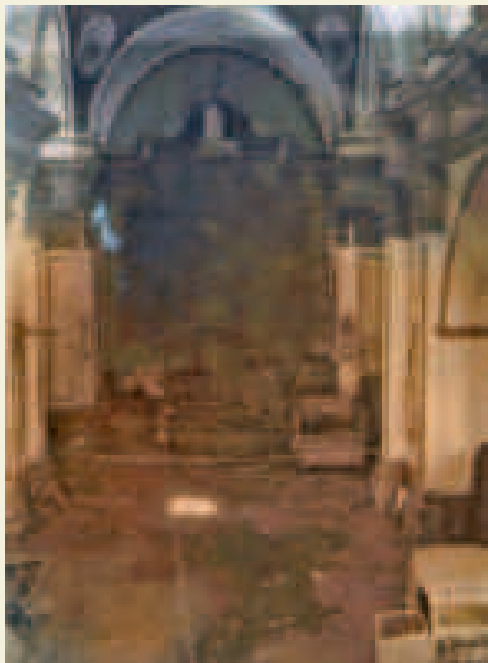
Primer carnet del piloto de Fuentetodos, Antonio Salueña "Pintamantas"



Joaquín Santa Pau en capitanía Militar de Zaragoza, en uno de sus viajes desde el frente de Belchite, 1937



Bombardeo franquista sobre Azuara de fecha 31-5-1937, fotografía realizada en una segunda pasada con el fin de verificar la efectividad del mismo. (SHYCEA)



Azuara, interior de la iglesia, durante el periodo de dominación anarquista, 1936



Representación teatral del TAC, Teatro Ambulante de Campaña, en la plaza de la iglesia de San Martín, (Belchite viejo) 1937



Vale de la Colectividad Libre de Lécera, que emitió papel moneda de varios valores. 1937



Desfile conmemorativo de una victoria franquista celebrado en Lécera en 1938



El “delegado civil” de la columna anarquista Carod-Ferrer autoriza una asamblea de la UGT de Azuara (21-XII-1936)

A pesar de toda su violencia, el golpe de Estado fracasó, pero la II República tuvo que recurrir a los sindicalistas de izquierda armados para hacer frente a la rebelión. Así, en la segunda semana de agosto de 1936 fueron llegando a los pueblos de la comarca las columnas de milicianos anarquistas, dispuestos a implantar su propia revolución social. Ésta implicaba la eliminación de todo lo que representaba el orden anterior: la violencia revolucionaria se llevó la vida de muchos vecinos de la comarca, propietarios de tierras, religiosos, o individuos tenidos por fascistas, que a lo largo de la guerra sumaron, según se-

ñala la investigación de José Luis Ledesma, 172 muertos. Los nuevos comités revolucionarios, con el apoyo de algunos vecinos, emprendieron la colectivización de las tierras, y se incautaron las propiedades de los ricos, saqueándose sus casas; los objetos religiosos de las iglesias se perdieron al arder en hogueras “purificadoras” junto a los registros de propiedad de los archivos municipales. Esta situación, en la que los micropoderes revolucionarios campaban a sus anchas, terminó cuando el poder del Estado republicano se rehizo.

La guerra civil adquirió durante 1936 las dimensiones de un gran conflicto internacional, y de ello son prueba, en nuestra comarca, las fotografías que los soldados de las Brigadas Internacionales se hicieron a su paso por Almochuel. Su presencia era necesaria en la ofensiva lanzada en agosto de 1937 con el objetivo de recuperar Zaragoza para la República. Aquel ataque, partiendo del frente que dividía en dos la comarca, degeneró en lo que acabó conociéndose simplemente como la Batalla de Belchite. El pertinaz asedio a la villa, cuya resistencia se alargó durante varios días, provocó su destrucción parcial, pero finalmente fue ocupada por los republicanos, tras producirse aquella desesperada rotura del cerco por parte de los defensores liderados por el comandante Santapau.

Mientras, en la Zaragoza de los sublevados, también permanecieron refugiados, durante la guerra, habitantes de la comarca que recibieron la asistencia de la Junta Recaudatoria Civil, beneficiándose de los comedores y ayudas que se les proporcionaba. Según nuestros cálculos, varios cientos de habitantes de la comarca se encontraban allí siendo asistidos; un grupo numerosísimo, pero hay que tener en cuenta que la persona encargada de ese Servicio de Refugiados era un sacerdote, Francisco Artal Luesma, que había nacido en Samper del Salz y había sido párroco de Letux en 1931. Artal se encargó de procurar el bienestar de sus conocidos fieles en la capital, con lo que además se conseguía inclinar a las gentes a la aceptación de las autoridades franquistas.



Plano del teatro de operaciones de la Batalla de Belchite (del 24-VIII-1936 al 6-IX-1939)

La gran ofensiva rebelde de marzo de 1938 conquistó finalmente toda la comarca. En esa operación, la Legión Cóndor nazi no dudó en bombardear Belchite, efectuando grandes destrozos, como anteriormente había sido ya bombardeado el pueblo de Letux. Poca resistencia se ofreció, pues, a las unidades franquistas, que fueron entrando en ésta y otras poblaciones, imponiendo el “orden” con nuevas ejecuciones.

La España de Franco, sin embargo, tras consolidar su Victoria sobre la República en 1939, no trajo ningún perdón para los vencidos. Muchos de los de esta comarca optaron por el exilio, y algunos acabaron sus días en campos de exterminio nazis. A otros les esperaba, en España, la cruda vida de la cárcel o el fusilamiento; pero durante algunos años, hubo quienes optaron por continuar la resistencia, uniéndose al maquis, como el guerrillero azuarino Doroteo Ibáñez, que a pesar de todo acabaría también fusilado en 1952. Como puede comprobarse, la represión franquista se aplicó hasta mucho tiempo después de acabada la guerra; cientos de personas en todos los pueblos de la comarca fueron expedientadas bajo la llamada



Comité Olímpico Español



NUEVO BELCHITE

Viernes 29 - JUNIO - 1945

DEMOSTRACION DEPORTIVA DE LA OBRA SINDICAL DE EDUCACION Y DESCANSO

a las 11 y media de la mañana

PARTIDO DE BALONCESTO POR EQUIPOS DE GRUPOS DE EMPRESA

A CONTINUACION

GRAN CONCIERTO POR EL ORFEON DE EDUCACION Y DESCANSO DE

ZARAGOZA.

a las 7 de la tarde **PARTIDO DE**

FUTBOL CORRESPONDIENTE A LA FINAL DEL CAMPEONATO

PROVINCIAL DE PRODUCTORES ENTRE LOS EQUIPOS

GREMIO DEL PESCADO

REGIONES DEVASTADAS DE

BELCHITE

EN EL DESCANSO DEL MISMO SE CORRERAN PRUEBAS ATLETICAS POR EQUIPOS DE GRUPOS DE EMPRESAS ENTRE ELLOS EL DE R. D. DE BELCHITE.



Ley de Responsabilidades Políticas de 1939, cuyas multas y embargos a aquellas personas que habían sido activas izquierdistas desde el año 1934, se alargaron en ocasiones hasta 1961. Todas aquellas víctimas de la represión franquista cayeron en el olvido, mientras que los muertos partidarios del bando “nacional” pudieron recibir todos los honores, recogiendo sus nombres en placas y cruces conmemorativas en todos los pueblos.

La posguerra, la década de 1940, significó en primer lugar la restauración del orden político más conservador y del poder de la Iglesia, con nuevos ayuntamientos aderezados con el componente fascista de Falange. Ésta pretendía extender su influencia en la comarca, implantando sus esquemas organizativos, a través, por ejemplo, de un sistema de sindicatos agrarios, llamados Hermandades, que no tuvo ningún éxito. Por otro lado, la aplicación en estas tierras del sistema económico de la Autarquía, que cedía a los empresarios y propietarios poderes y libertades casi absolutas, tuvo efectos desastrosos. La penuria, el hambre y el mercado negro fueron la nota cotidiana. En un documento conservado en el Archivo Histórico Provincial se cuenta cómo algunas mujeres acudían a la harinera de Antonio Royo en Moyuela llorando y diciendo no tener pan para sus hijos, para que allí se les cambiara el grano por harina molida, a pesar de las directrices que lo prohibían; y en Plenas “no había harina de especie alguna ni bajaba agua para funcionar el molino”. Los delitos en torno al problema del hambre aumentaron, por ejemplo los robos, cometidos en ocasiones por vagabundos que pululaban por los campos; y ocasionalmente la violencia estallaba a causa de los resentimientos engendrados durante la guerra.



Moyuela. La antigua harinera propiedad de Antonio Royo Cuevas

Salir de este agujero negro de la historia de la comarca fue lento y tuvo enormes costes; pues ante la opresiva situación política y la penuria económica, frustrada la posibilidad de acceder a la propiedad agraria, muchas personas empezaron a emigrar a la ciudad o al extranjero. Las cifras de población dadas por las estadísticas en los años 40 serían mucho más bajas, probablemente, si se descontara a la enorme población reclusa que se concentraba en Belchite, en el campamento penitenciario instalado a las afueras. Estos presos, personas que habían combatido en el ejército republicano, eran obligados a trabajar en condiciones nefastas para construir un pueblo nuevo de Belchite, pues Franco decidió condenar a la ruina a la centenaria villa, perpetuando así el recuerdo manipulado de la guerra sobre la que se había edificado su dictadura.

Página anterior:

Belchite. Cartel de competiciones deportivas de Regiones Devastadas



Segando en la Dehesa de la Villa. Belchite, 1942

Sólo en los años 60 y 70 se reanudó la modernización que había interrumpido la guerra civil y había hecho retrotraer el franquismo. El progreso, además, sólo lo trajo el esfuerzo personal de los habitantes de la comarca, saliendo a trabajar a Europa, especialmente a Francia, volviendo después, o bien organizándose dentro de los pueblos. Así, algunos inventos, ya viejos, al fin llegaron: la televisión apareció por primera vez en Lagata en 1961, y el teléfono se

implantó en Samper en 1965. Las calles dejaron de estar embarradas para pavimentarse y las transformaciones económicas significaron la aparición de pequeñas empresas privadas, de tipo capitalista, y la mecanización de los trabajos agrícolas. No obstante, otros vestigios del progreso pasado desaparecieron, como el ferrocarril de Utrillas que dejó de utilizarse en 1966 y fue desmantelado.

Por fin, la democracia pudo regresar una vez que Franco hubo muerto en 1975. Al igual que en toda España, la participación a favor de la reforma política, con el referéndum de 1977, y el sí a la constitución de 1978, fueron masivos en todas las localidades, lo que significó el comienzo de la actual etapa democrática.

Bibliografía

BERNAD, E. y FORCADELL, C. (eds.). *Historia de la Unión General de Trabajadores en Aragón. Un siglo de cultura sindical y socialista*, Institución Fernando el Católico, 2000.

CASANOVA, J. (et al.). *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Mira, 2001.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, E. *Gente de orden. Aragón durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, 4 tomos, CAI, 1997.

LEDESMA VERA, J. L. *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Institución Fernando el Católico, 2003.

LUCEA AYALA, V. *Rebeldes y amotinados. Protesta popular y resistencia campesina en Zaragoza (1890-1905)*, Institución Fernando el Católico, 2005.

MADOZ, P. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de Aragón*. Zaragoza, DGA, 1985.

PLOU GASCÓN, M. *Historia de Letux*, Ayuntamiento, 1989.

PLOU GASCÓN, M. *Historia de Samper del Salz*, Ayuntamiento, 2003.

RÚJULA, P. *Contrarrevolución. Realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998.

SALOMÓN CHÉLIZ, P. *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998.